

Aunque esencialmente históricos, políticos y militares, en ellos descubre y propone a sus hijos una gran riqueza doctrinal sobre Dios y sus atributos, sobre el hombre y su destino, sobre el purgatorio y la vida de ultratumba, sobre el mundo angélico y la condición de los santos, sobre las penas eternas y la eterna bienaventuranza, sobre los libros santos y la esperanza en el Mesías.

Particularmente edificante es la historia del anciano Eleagar. Tenía noventa y nueve años cuando fué preso por los esbirros del rey Antioco. Abrióronle violentamente la boca para hacerle comer carne de cerdo, contra las prescripciones de la ley, mas él prefirió morir con honra a vivir con ignominia. Algunos amigos, movidos a compasión, se ofrecieron a traerle carne permitida, para que con ella pudiese engañar a los verdugos; pero él rehusó valientemente toda actitud equívoca. «No está bien, dijo, disimular a mi edad. Si yo hiciese tal cosa, podrían pensar los jóvenes: El viejo Eleagar se ha hecho pagano, y yo arrojaría una mancha de ignominia sobre mi ancianidad. De otra parte, ¿qué adelantaría con escapar del martirio que los hombres me hacen sufrir? De la mano del Todopoderoso no podría escapar ni vivo ni muerto.»

No menos admirable fué el caso de siete hermanos, encarcelados juntamente con su madre. Llevados a presencia del rey, e invitados a comer los manjares prohibidos, contestaron valientemente: «Nuestra ley nos lo prohíbe, y no lo haremos. Fueron azotados con correas y nervios de todo, sin conseguir nada de ellos. Mandó luego Antioco preparar sartenes y ollas de metal, con el mismo resultado. Hizo arran-

car la lengua al mayor, y despellejarle la cabeza, amputarle los pies y las manos y arrojarlo en una sartén. Mientras se realizaba este largo suplicio la madre y los demás hermanos se alentaban mutuamente a resistir y a morir. Todos imitaron al hermano mayor y todos dieron el mismo espectáculo de intrepidez en medio de los tormentos. El pensamiento de la vida futura les sostenía. «¡Oh, rey perverso!, decía uno de ellos, tú nos quitas la vida presente; pero el rey del cielo nos resucitará a la vida eterna por haber muerto por su ley.»

Cuando sólo quedaba el menor de los hermanos, Antioco le aseguró con juramento que le haría rico y feliz y le tendría por su amigo si accedía a sus deseos, e invitó a la madre del joven para que le ayudase a convencerle. Ella entonces, llorando de ternura y de dolor, se dirigió a su hijo y le habló de esta manera: «Yo te ruego, hijo mío, que mires al cielo y a la tierra y a todas las cosas que en ellos hay, y reconozcas que Dios las ha hecho todas de la nada. No temas, por tanto, al verdugo; antes bien, muéstrate digno de tus hermanos para que, juntamente con ellos, te vuelva a encontrar en la nueva patria que esperamos.» No necesitaba el muchacho que le hablasen de esta manera, pues en realidad no había habido en él un solo momento de vacilación. También él entregó su vida generosamente, y sus últimas palabras fueron para anunciar al rey que no tardaría caer sobre él la venganza divina. La última en sufrir el martirio fué la madre de aquellos héroes, madre admirable por su entereza varonil, por la grandeza de su fe, por el inmenso sacrificio con que envió a sus hijos a la vida eterna después de haberle dado la temporal.